



Un destornillador

y no porque nos estuviese haciendo falta para maldita la cosa sin tornillo ninguno que apretar ni aflojar sino por no cargar las tintas innecesariamente con un nuevo artilugio que a estas alturas y en nuestro deseo de no desperdiciar ocasión de renovarnos no sería ya la biela o la barra de carmín o el abrelatas con los que sin duda se habrá usted familiarizado — gracias a la lectura de alguna de las versiones que en esta web se ofrecen tan sólo y nada más como modelo de eventual respuesta a una pregunta cualquiera — tanto o más que con el destornillador y sí tal vez, aunque preferimos no nombrarlo ni pensarlo siquiera, algo tan de todo punto extravagante como el sentido de la vida... por mencionar algo.

Pero como plantear así, sin más ni más, por las buenas y en frío y sin preparación ni premeditación ni reflexión, una cuestión tan abstrusa requeriría el tener muchas, pero que muchas ganas de abordar una empresa cuya envergadura iba nos tememos a sobrepasarnos, vamos a no meternos en más complicaciones de las puramente imprescindibles y a dejar — si es que todavía estamos a tiempo — las cosas como estaban o, todo lo más, como habrían muy bien podido estar caso de no mediar, como sí medió, la circunstancia adversa de que a la Loretito se le presentaron unas tercianas y nos dejó, como quien dice, medio huérfanos un día sí y otro no.